

# LOS GLASS PRONTO LLAMARÁN NOA J. BRÜLLE

#07 (revista) 12/2005

Seymour había vivido siempre pegado al suelo. Era un joven sin alas, de los que apenas levantan los pies al andar. Todo cuanto quería, todo lo que era y por lo que vivía tomaba forma de mujer en la que ahora yacía, ajena a sí misma, en el diván del salón. Su volátil e inconstante Maggie. Sin peinar y medio envuelta en el albornoz pasaba maquinalmente las páginas de un ejemplar de Harper's Bazar que hacía poco había ido a parar a sus manos. En aquel momento no tenía interés alguno en la vieja revista. Sólo quería ocupar su mente en algo para ignorar que pronto llamarían los Glass. Querrían conocer en qué estado se encontraba la confección del vestido de la puesta de largo su hija Franny y no sabía como evitaría decirles que todavía no había empezado a dibujar siquiera.

Aunque el frío le hostigaba, Seymour llevaría allí mirándola casi una hora. Estaba de pie al otro extremo de la piscina y podía observarla bien a través del cristal. Comprobaba con cierta amargura pero sin sorpresa como en todo ese lapso de tiempo Maggie no había sentido la necesidad de saber que hacía él allí. Seymour fijó entonces su atención en lo que sostenía su mano derecha. Pese a su tamaño, el frío peso del metal resultaba rotundo entre sus dedos agarrotados. Llegado aquel momento todo cuanto había imaginado nada tenía que ver con lo que ahora tenía frente a sí. En un instante se derrumbaba su

axioma de forma súbita y el vacío que le había alentado para llegar hasta donde ahora estaba no era suficiente ya para insuflarle decisión. Miró la piscina bajo sus pies y en un impulso onanista de autocompasión se recreó mentalmente en volver a visualizar la caída, imaginar el sonido de su cuerpo contra el agua y asistir a la escandalosa dispersión del líquido rojo en un entorno azul como quien deleita su memoria con una escena hartamente aprendida ya. Volvió a lo que ocupaba su mano. Empezó a temblarle, no sabía si por el frío o por lo que iba a suceder. Tras unos instantes contemplando el reflejo de su flamígera figura se sintió observado. Era Maggie. Le miraba desde el salón todavía tendida en el diván. «Te-que-ro», gesticuló ella lentamente para que leyera sus labios. Seymour había captado por fin su atención pero era consciente que aquella muestra de afecto no entrañaba más amor que un saludo cordial. Cerró los ojos, acercó entonces el revólver a la sien. Dispuso el índice frente al gatillo y se escondió tras la pálida oscuridad que percibía a través de unos párpados que no tardó en abrir para ver su reacción. Ella le dedicó una amplia sonrisa a la vez que movía la cabeza en un ademán condescendiente. «De nuevo una última vez, como todas las demás»; se dijo, y devolvió la mirada a la revista para continuar ignorando que lo Glass pronto iban a llamar.

